

Año 2178

Planeta Tierra.

¡Crush!!!

Una mirada al horizonte, nos permite contemplar todo aquello que antes no habíamos visto.

A lo lejos, una tormenta, cerca, vientos ardientes que alejan de la vista aves singulares.

_ ¿Qué es todo esto?

_ ¿Dónde estamos?

_ ¡Cuidado! Quizás, sólo sea parte de un mal sueño.

Nuestros protagonistas están descubriendo, en este momento, que tras mucho tiempo, nadie había llegado al lugar que ellos empiezan a pisar.

Ciertas sospechas, rondan las mentes de todos, nadie puede confirmar que hacemos rodeados de plantas gigantes, con cortantes hojas y flores con pétalos afilados, con cierto tono anaranjado.

Hace un instante escuchamos las voces de Anair, Odan y Rad, son miembros de la avanzadilla enviada por los habitantes de Carbal. Y yo, soy Maz, un aventurero con pocos recursos, que se auto invita a toda cuanto misterioso viaje llega a mis oídos.

Por eso, sí, sí, por eso, mis pies se hundan diez centímetros en la arena que piso. Por eso, una semana antes disfrutaba de la agradable compañía de Inga, la bella hija del Portavoz del Pueblo de Carbal, mir Felkac.

Para situarnos, pocos días atrás, los habitantes de este pequeño Satélite de Intervida, empezaban a tener problemas con los abastecimientos provenientes del Planeta Primario, lo cual, jamás supondría un problema para su supervivencia, pues

disponían de tecnologías alimenticias destacadas a lo largo y ancho del sistema.

Tal circunstancia preocupaba a los cofundadores de la colonia, pues sus familias, en parte, seguían viviendo en la Tierra.

Somos veinte, hemos llegado en mi nave hará aproximadamente veinte minutos.

Por las historias que me había contado el abuelo Conra, la Tierra era un planeta lleno de vida, con un cielo azul precioso, con nubes blancas y grises, y donde nuestra civilización había creado su Planeta Primario.

Esperábamos encontrar edificios y gente, pero tras horas, no vimos señales de vida humana. Sí, sí, cientos de formas de vida extrañas, nada semejante a las criaturas que ninguno de nosotros habíamos estudiado sobre la Tierra. Todo aquello era tan distinto a lo que nos habían contado, que resultaba, ciertamente, desconcertante.

A metros de Anair, un simpático insecto vuela haciendo muestras de impecable arte en el uso de sus alas.

¡Sshhhuuuuuffffff!

_ ¡Ostias! ¡Ostias! ¿Qué ha sido eso?

_ ¡Cuidado Anair! _ Grita Rad a su compañera, mientras sin poder reaccionar, contempla como un ave gigantesca le arranca la cabeza.

_ ¡Nooooooo! ¡Nooooo! ¿Pero dónde nos hemos metido? ¡Esto no puede estar pasando!

_ ¡Biber, Biber! Biberrrrr! ¡Contesta por Dios!

Momentos de ansiedad cubren de tensas miradas los rostros de mis compañeros, nuestra colega acababa de ser degollada a

saber por qué clase de ser, ningún pájaro o ave formaban parte de la base de datos que sobre este planeta habíamos recibido.

_ ¡Biberrrrr! A ver, ¿estás ahí?

_ ¡Sí, Sí, Dime! ¿Todo bien hay abajo?

Mientras nosotros estábamos en la superficie del planeta, los otros dieciséis seleccionados para esta salida esperaban órdenes en mi nave, un antiguo porta-módulos espacial que había reconvertido diez años atrás.

_ ¡Por favor Biber! Comprueba las coordenadas del planeta en el que estamos, aquí abajo todo es extraño ¡Muy, muy extraño!

Una de las diversas teorías que rondaban mi mente, trataba de hacerme pensar que quizás algún fallo nos había llevado al lugar equivocado, y que la falta de desconfianza en los procedimientos no nos había permitido notar esa circunstancia, pues desde la distancia aquel lugar al que habíamos llegado era la Tierra, sin lugar a dudas.

_ Odan, prepárese para ir delante _ le ordené.

_ ¿Qué? ¡Porque hayamos llegado en tu nave, no estás al mando! _ me dijo Odan.

Aquello era cierto, pero Rad se había quedado colapsado. La visión de la cabeza de su mujer, rodando por la arena, había superado con creces el umbral de su fortaleza, no era ni mucho menos la persona adecuada para mandar en aquel momento. Nuestra misión era colocar una serie de aparatos que, bien instalados, retransmitirán una serie de señales electro lumínicas, que nos darán toda clase de datos sobre este planeta cuando volvamos a mi nave, en ella dispongo de la última tecnología en estudio de formas de vida orgánicas y electro térmicas.

_ ¡Quieres hacer lo que te digo! Nos moveremos cien metros a la redonda, alrededor de la nave, e iremos dejando los detectores que llevas en la mochila _ le dije a Odan.

_ ¡Yo puedo hacerlo! _ gritó Rad.

_ ¡Vamos! No creo que este sitio nos dé mucho más tiempo _ dijo Odan.

_ Rad, tú lleva estos dos hacia el oeste _ dije _ Odan, tú deberás colocar la antena justo donde nos encontramos ahora.

La antena es una parte fundamental dentro de este simple procedimiento, Rad y yo colocaremos los multidetectores en seis lugares distintos, creando entre ellos distancias ni inferiores a setenta metros, ni superiores a ciento treinta.

_ No te alejes tanto Rad, deja uno donde estás ahora _ le dije al verlo llegar a donde debía colocar la primera antena.

_ OK.

_ ¡Venga, venga rápido! _ lo apresuré.

Ya había colocado tres, cuando giré la cabeza y vi otra de estas aves volar con brusca agresividad hacia mi posición. Me lancé al suelo sin pensarlo, un pequeño hueco debajo de una roca, me permitió escapar a aquel ataque.

Mientras, Rad ya había colocado sus dos transmisores y venía hacia mí, para ayudarme con el último. Pude darme cuenta, mirando su cara, de que Odan tenía los segundos contados.

Aquella misma ave, había truncado su vuelo y dirigido su furia hacia el cabo, había acabado de colocar la antena, pero la vida había llegado a su fin para él.

_ ¡Nooo! _ gritó Rad.

_ Vámonos Rad ¡Vámonos! _ le grité yo.

Subimos a la nave y salimos de este lugar.

_ Rad, ¿cómo te encuentras? _ le pregunté.

_ ¡Ufff, aacckkk! Pero ¿qué maldito lugar es este? _ me respondió.

_ Esperemos descubrirlo al llegar a la nave _ dije yo sin saber cual era la respuesta para lo que él me preguntaba.

Biber está investigando los datos de navegación. Anair y Odan no han podido evitar su muerte. Demasiadas cosas rondaban mi mente y a ninguna de ellas le encontraba sentido.

_ ¡Anairrrr! ¡Anair!

Con gesto lamentoso y lágrimas bajando por sus mejillas, mi, ahora, compañero serenó su mirada por un instante y con tono orgulloso _ No sé dónde estamos. Algo ha pasado en la Tierra en estos meses de lo que no sabíamos nada, pero te aseguro Maz, que lo descubriremos, y no sé cómo, pero te aseguro Maz, que acabaré con esos cuchillos con alas _ me dijo entre lágrimas.

El estado de ansiedad y furia de Rad, no era más que la respuesta primaria de un ser humano básico, toda su cultura empezaba a desmoronarse, nunca había visto la muerte tan cerca. En su satélite jamás había existido registro alguno de actos de violencia, y los acontecimientos habían conseguido doblegar su fuerte personalidad.

_ Abrid la compuerta _ ordené a los de la nave.

_ ¡Bienvenidos! Estábamos preocupados _ nos recibió Biber.

Mi nave es una modificación del SMFB (Space Module Fly Bird) que empezó, ciento cincuenta años atrás, el intercambio comercial entre la Tierra y el Sistema Creación.

Mi abuelo, tras la gran guerra, había sido destinado, por su empresa, como piloto de la primera misión de tripulantes no

militares, destinadas a los envíos de provisiones, para los habitantes del proyecto que años atrás había comenzado. El objetivo de esas misiones, era conseguir perpetuar la raza humana a lo largo, ancho y profundo del Universo.

Tras setenta y tres años de servicio, y una gran fortuna adquirida, cuando le quedaban pocos años de vida, decidió gastarse todo en adquirir aquella nave que había estado presente más de la mitad de su vida.

Cabe destacar, que la edad media del hombre, tras la guerra, había bajado a sesenta y cuatro años. No se sabe por qué, pero ésta había surgido por la presencia, en la Tierra, de un multimillonario, Bash, el cual dedicó cien años de su vida, a crear fórmulas para rejuvenecer.

En nuestro planeta primario, la media rondaba por el 2025 los ciento veinte años, las economías de los países ricos habían colapsado y los países emergentes estaban en pleno auge. Muchos de estos últimos países, habían conseguido liberarse de la mano opresora de los poderes fácticos ejercidos por las grandes naciones y empresas, y empezaban a adquirir gran poder.

Año 2087

LA GRAN GUERRA.

Veinte ricos locos cambiaron el orden mundial. Tras aniquilar el noventa y nueve por ciento de la población, con ataques sistemáticos, a todas las grandes ciudades del mundo. Apenas quedaron cien millones de habitantes, pero el estado de la naturaleza se mantenía estable y limpio.

El hombre sacaba provecho de ésta, bajo un sistema dictatorial, y con las colonias estelares únicamente tenían intercambios económicos y comerciales.

Nadie de los nuevos mundos estaba, desde hacía años, autorizado a visitar la Tierra, pero hasta ahora, no teníamos una respuesta al porqué de esta situación.

_ ¡Hola Biber! ¿Has hecho lo que te he pedido? _ le interrogué.

_ Sí Maz, pero tengo dudas, puede que nos hayamos desviado, pero nada en las coordenadas estelares nos dice que lo hayamos hecho.

No os lo había contado, Biber es mi segundo, confío plenamente en él, además de piloto de mi nave es amigo. Lo conozco desde la niñez, los dos nos criamos en Nueva Galicia, la colonia fundada en 2110 en el satélite Pequeño lo.

_ ¡Es muy extraño! Lo que hemos visto y vivido ahí abajo no tiene nada que ver con el precioso mundo del que nuestros padres nos han contado historias, y hasta hace unos meses todo había sido normal en cuanto a los envíos a las colonias _ comenté.

_ Creo que algo grave le ha pasado a la población y al planeta _ seguí diciendo.

_ Podemos orbitarlo de nuevo pero buscando con más atención señales de vida humana _ respondió Biber.

_ Estoy completamente de acuerdo. Avisa a los demás. ¡Qué todo el mundo se ponga manos a la obra!

Por los altavoces de toda la estructura suena una alarma que indica la necesidad de estabilizarse, pues tendremos que navegar el cielo terrestre, el cual, a pesar del poder de mi

máquina, nos hará tener turbulencias y diversos saltos por la presencia de atmósfera.

Tal estudio no sería posible con las lanzaderas disponibles. Éstas sólo sirven para recorrer unos cientos de kilómetros, y además no disponen de equipamiento adecuado para la detección de formas de vida.

Dos horas y media después de comenzar la observación, detectamos una pequeña población con grandes extensiones de terreno ahora sin cultivo alguno conocida como Europa.

En principio no observamos habitantes, pero sí pudimos distinguir algo similar a granjas. Dudábamos de que fuera humano todo aquel tinglado.

Sin saber de dónde, un par de rayos láser intentaron romper las defensas de mi nave.

Enviamos señales de cordialidad y dejaron de dispararnos.

Tras comenzar una charla por medio de radio con ellos nos permitieron bajar con una de nuestras lanzaderas, estaban realmente nerviosos y no se fiaban de nada que llegase por el aire.

Biber como siempre se quedó al mando de la nave.

Rad, Sali y yo bajamos a suelo terrestre en la lanzadera número tres. Cierto es que Rad no estaba al cien por cien tras perder a su esposa, pero se había presentado voluntario y no dude en incluirlo en la lista de los que bajaríamos.

La entrada al poblado era una roca gigantesca que se abría a voluntad de aquellos hombres. Antes de dejarnos ver su mundo, salieron a recibirnos.

Vestían indumentarias realmente arcaicas, faltas de hermetismo y fabricadas con materias orgánicas. Era extraño, se suponía

que nuestra piel rechaza todo lo orgánico, y sin embargo, estos humanos “originales” las usaban con normalidad. Una cierta inquietud quedaría en mi mente por el uso de estas vestimentas. Disponían de armamento bastante básico, unos pocos subfusiles láser y uno o dos cañones en algo parecido a torretas.

Pero sin duda, lo que más llama mi atención, son sus gestos repletos de inquietud y nerviosismo.

Pocos segundos más tarde estábamos ya andando a través de un túnel, con cilindros orgánicos secos haciendo una armazón que soportaba metros de tierra y piedras.

Sali, que era una joven muy inteligente y conocedora de historia del sistema, empezó a relatar el uso de aquellas instalaciones. Tanto Rad como yo no podíamos comprender como los hombres hacían aquellas enormes estructuras para extraer material del interior de la tierra.

En Nueva Galicia y en Carbal, al igual que en el resto del sistema, la minería era misión de máquinas, los hombres y mujeres de su colonia únicamente gestionaban el movimiento de las materias extraídas del subsuelo de sus satélites o planetas.

Al cabo de unos minutos andando casi a oscuras una luz se abrió a nuestros ojos, y cierto susurro empezó a hacer temblar nuestros oídos.

Los originarios que nos habían escoltado hasta aquel lugar empezaron a hacernos sitio.

Sali, un tanto desconfiada de la actitud de aquellos hombres y mujeres, empezó a frenar el paso, dejándonos a Rad y a mí lugar en el orden de entrada. Nada se podía distinguir al otro lado excepto aquel intenso brillo.

Cada vez, el rumor era más intenso y logré distinguir dos palabras finalmente “Extraterrestres humanos”. Rad y Sali también pudieron escuchar aquellos vocablos, de un modo u otro, nos relajó el tono en el que fueron expresados.

Estábamos frente a una puerta, simbólica puerta, pues se trataba de un arco láser. Ninguno dió el primer paso para atravesar ésta hasta que Anxo ordenó desactivar aquel estupendo escudo.

Al otro lado nos encontramos una gran sorpresa.

Anxo había sido enviado a recogerlos. Iba acompañado por una joven de cabellos pelirrojos, Carla. Desde el primer momento comenzó con nosotros una charla de carácter agradable, era muy joven, no más de quince o dieciséis años. Su lengua era similar a la nuestra pero llena de palabras extrañas.

_ ¡Sin duda, os vais a quedar pillaos en la mina! _ logré entender.

_ ¿Cómo? ¡Atentos! _ dije asustado a mis colegas, aquel sitio podía ser tranquilamente lo último que viese en mi vida.

_ ¡Tranquilos! _ nos dijo Carla _ ¡Jajaja! no me habéis entendido_ repetía sin parar de reír.

_ Lo que he dicho, es que os va a gustar mucho nuestra mina _ siguió diciendo.

Se adelantó un poco a nosotros y Anxo comenzó a entablar conversación _ ¿De dónde habéis venido? _ preguntó.

_ Hace ya días que necesitamos ayuda _ dijo Carla.

_ ¿Habéis recibido nuestras señales de alarma? _ volvió con más preguntas Anxo.

Empezábamos a comprender que no nos habíamos equivocado en la navegación, aquel lugar sí era la Tierra, y aquella gente eran el origen genético de nuestra especie.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

